



CAPITULO XIV

MUERTE DE LA MADRE DE NERÓN

Agripina callaba como una muerta en las aguas, pues había notado bien, merced á su facultad enorme de observar y á su larga experiencia, que habiendo su dama y compañera, la infeliz Aceronia, invocado para salvarse, cuando la zozobra y anegamiento, el nombre de Agripina, sirvióle tan sólo esta invocación á perderse, muriendo como una res apaleada en acosadora montería. Especie de soldadón la hija de Germánico si necesitaba de sus fuerzas y de sus músculos valerse, tanto como dama si necesitaba de sus gracias y de su hermosura, sabía todos los ejercicios varoniles propios de su educación militar, como criada en los campamentos, y después de zambullir el cuerpo y chapuzar la cabeza, nadó con la movilidad y acierto de un pez, en requerimiento del suelo firme, donde hallaría el aire y el reposo necesarios á reponearse del efecto de la catástrofe y á concentrarse dentro de sí misma para saber los orígenes de ésta y averiguar sus consecuencias. Aunque muy de antiguo hecha por su mal á los fingimientos de Nerón, iba diciendo para sí, al mismo tiempo que iba nadando por el mar, cómo le convenía ocultar todas las sospechas sugeridas por cuanto había presenciado, y cómo, en poder y á merced del arbitrio de su hijo, imputar al hado la obra del crimen. Si no fuera por lo ancho de sus espaldas, por la fragua de sus pulmones, por lo fuerte de su cóncavo pecho que le permitía privarse largo

tiempo de respiración, allí muriera la emperatriz, perseguida, como en pesca de focas, por los remos y por los harpones asestados á su cuerpo por los tripulantes que Aniceto dirigía, quien apenas pudo consolarse de que hubieran muerto, así Galo como Aceronia, el compañero y la compañera de Agripina, salvándose al cabo ésta, principal objeto de todas aquellas asechanzas y de las consiguientes maniobras. Así, volvieron chuzos, palos, garfios, remos, armas, todos los instrumentos empleados en abrir el buque inútilmente, á golpear el verde lomo de las aguas, por donde andaba la emperatriz sumergida, y matarla como se mata un tiburón. ¡Pero buen pez Agripina para dejarse matar ni á tres tirones! Por muy clara que la noche fuese, y por muy esclarecidas é iluminadas que las costas estuvieran, y por muy fosforescentes que las aguas en aquel minuto aparecieran, y por muchas estelas que dejasen las quillas en el etéreo golfo de Parthenope; un punto, como la cabeza de Agripina, que salía del abismo y entraba en el abismo, á guisa de los pececillos voladores, no presentaba objetivo tal que le acertasen los golpes dirigidos por una turba de gentes en frenesí, á las cuales desconcertaba el horror mismo de su crimen. La vida humana de suyo no puede compararse á una comedia, toda risa, ni á una tragedia, toda llanto, sino más bien á un drama, donde alternan dolores y placeres, lágrimas y risotadas, bien y mal. Mientras los sicarios de Aniceto se desvivían por matar á la desastrada en su desastre, desvivíanse por salvarla las gentes que andaban de huelga en los barquichuelos y las que residían en aquellos parajes, sabedoras de lo sucedido y atribuyéndolo universalmente á verdadera fatalidad. Cuando le hubieran podido faltar las fuerzas, así por lo impetuoso del empuje como por los dolores producidos á cada esfuerzo en la paletilla magullada por los trancazos del remo traidor, las barcas lograron pescarla, y poniéndola en cobro y á salvo, la depositan los barqueros en las orillas, cubiertas de grupos que llevaban mil antorchas para esclarecer la operación del deseado salvamiento, y proferían alaridos conjurando todos los dioses de las alturas y de los abismos, del mar y del suelo, de la montaña y del río, de las florestas y de los lagos, á que conservaran su compañera en divinidad, aquella gloriosa emperatriz. Una litera que le habían aparejado allí, condújola con prontitud á la quinta de Baules,

sin que le arrancara un quejido el dolor material de su cuerpo maltrecho, ni una queja el dolor moral de su alma, penetradísima del origen y del carácter de tan espantoso crimen.

Aunque, á cada revuelta del camino, iba pensando en el astrólogo que le anunció la muerte á manos del amado hijo; en la escena de los embajadores orientales donde comenzaron su disfavor y su desgracia; en el error cometido al oponerse á los amores del joven coronado con Acté, quien jamás hubiese aspirado al trono; en el destierro que le infirieran al Palacio Antonia; en las calumnias que le armara su tía Domicia; en el desacato de Séneca y su compañero el prefecto de los pretorianos; en el motín armado dentro de sus propios salones por los jueces y fiscales tumultuarios que había expedido contra ella el emperador; en la insistencia con que Popea, muy ambiciosa del imperio y por todo extremo impaciente del anheladísimo logro, moviera el ánimo imperial contra la esposa Octavia y contra la madre Agripina; en el fingimiento puesto por el taimadísimo parricida al comenzar la conjuración terrible contra su existencia; en las caricias prodigadas con dichos embusteros y con acciones traidoras; en la deportación desde la capital á Bayas para mejor á su disposición tenerla y con mayor seguridad el golpe asestarle á mansalva; en las conversaciones del festín que le prometían un largo imperio y un profundo amor; en la reciente despedida besándola en los ojos y encargándole mucho cuidado por su salud y por su vida, necesarias, así al mundo romano como al amor filial; en los crímenes de Aniceto, que hicieron de aquel palacio flotante sobre las aguas un flotante suplicio; en el furor y crueldad con que cumplieron los esbirros y sicarios la consigna infame de rematarla; en los desplomes del dosel sobre su cuerpo que aplastara bajo su peso al pobre Galo; en los gritos dados para que se abriera el barco, resistente á la maniobra por falta de industria; en la muerte á palos infligida por los tripulantes á la pobre Aceronia, tomándola por ella; en el zambullido dentro de las aguas para salvarse por tan desesperado remedio; en el remazo con que le descoyuntaran un hombro; en el clamor de muerte despedido por la tripulación al verse sin su víctima; en todo lo sucedido y en todo lo recordado, que le persuadían á una creencia tan triste como que Nerón preparó aquel artificioso naufragio, creyendo que los mares

devorarían sin chistar el crimen, y que los vientos no repetirían lo que habían oído, y que las estrellas no darían testimonio de lo que habían visto; no desesperó todavía de su sino, decidiendo valerse para la defensa suya de todas sus astucias y disimulos hasta que pudiese partir en abierto combate y emplear todas sus fuerzas para por completo rehacerse y á su sabor vengarse. Caída en manos de Nerón, ya no le quedaba ningún otro remedio que disimular sus aprensiones, y ver si por el engaño y la mentira érale dado en aquella horrible celada, con tan pérfido arte urdida, salvarse de algún modo y prolongar su existencia, su poder, su influjo hasta encontrar lo más satisfactorio, desquite y venganza.

— Enviad inmediatamente — dijo así que llegó á Baules — un recado al emperador, anunciándole que me he salvado del naufragio — dirigiéndose á sus libertos con la mayor serenidad, como si nada de grave hubiera sucedido en torno suyo.

— ¿Quién debe ir? — le preguntó una esclava.

— El fluente Agerino.

— Aquí está; dale todos aquellos encargos que te parezca, pues habrá de hacerlos, según su costumbre, con celeridad y exactitud.

— Agerino.

— Agripina.

— Dejados solos — dijo á las esclavas y esclavos ésta. — Fuera me creen aún emperatriz, y sólo saben el amor de Nerón á su madre, testificado por el festín de anoche, según lo que aclaman y vitorean mi nombre.

— Todo está lleno de gentes que preguntan á voces por tu salud y que dirigen votos al cielo y prometen á los dioses ofrendas por haberte salvado de tal peligro.

— Déjalos gritar. No los desengaños. Importa mucho no mirar la verdad en este mundo cara á cara. No le digas nada, ni de aquello que sepas, ni de aquello que adivines. Yo me lo callo todo á mí misma en este gravísimo trance. Lo que importa es decirle á Nerón cómo todo ha sido una desgracia, en la cual nadie tiene culpa; y cómo hemos naufragado so un cielo tranquilo y sobre una mar serena, como hubiéramos podido naufragar en tierra por empeños del acaso.

— Te pido un favor, Agripina.

— ¿Cuál favor?

— Que mandes á otro.

— ¡Cómo, Agerino! ¿Tienes miedo?

— Sí.

— ¿Lo confiesas en este momento, cuando sabes te hallas á mi lado para los trances arriesgadísimos?

— No tengo miedo á Nerón, Agripina; me tengo miedo á mí mismo.

— ¿Qué dices?

— Tengo miedo de no poder contenerme y saltar al cuello....

— ¡Calla, cuitado, calla!

— Callo.

— Por todas partes hay aquí trampas. Los suelos están minados. No puede darse un paso sin que se nos enrede una celada en los pies. No sabemos si el techo, fabricado para guarecernos, se desplomará con estruendo sobre nuestras cabezas. Las paredes, no solamente oyen, se nos vienen á lo mejor encima. Obedece, por todos los dioses, obedece.

— Obedezco, Agripina, obedezco.

— No muestres ninguna zozobra. No aparentes desconfianza. No te traiciones á ti mismo revelando en el rostro lo en el corazón callado y oculto. Levántate al nivel de los ministerios que debes desempeñar y del encargo que debes cumplir. Tu continente, tu apostura, tu rostro inmóvil como el rostro de una estatua, tus ojos serenos con su mirar tranquilo, tu persona entera deben completamente mostrar cómo vas de parte del corazón de una madre amada en pos del corazón de un hijo amante.

— Si puedo contenerme, si dominarme puedo, te obedeceré, Agripina, de todo grado, y no venderé con una sola palabra y con un solo gesto cuanto llevo reconcentrado y oculto en lo más hondo del ánimo.

— Considera que la menor señal de duda respecto del César puede costarte la vida.

— No me importa ya la vida, no me importa. Si hemos de presenciar lo que ahora estamos presenciando, vale más morir y cerrar los ojos á esta luz que sólo esclarece infamias y crímenes horribles.

— No pienses tales cosas, porque trascenderán á tus ojos y te delatarán de mal pensado. Vas desde la quinta de Baules al palacio de Bayas, como pudieras ir de un cuarto á otro cuarto de familia en la mansión de los emperadores, cuando allí reinaba la concordia y todo era felicidad, en tiempos mucho más faustos y dichosos. Vas á decirle al César como su madre se ha salvado de un súbito mal, que pudo concluir por verdadera catástrofe, gracias primero al poder de los dioses, los cuales la bajaron dulcemente al agua, y gracias después al amor de los ciudadanos, los cuales la subieron con entusiasmo á las barquillas. Tranquilízalo con tu tranquilidad. Infúndele toda la paz que ahora ostento yo. Pero si por casualidad quisiera venir á verme, dile que no se moleste, que me deje conciliar el sueño y curarme tantas heridas como me adoloran, aunque leves, y traen á mal traer mi magullado cuerpo.

— Cumpliré, Agripina, tus instrucciones al pie de la letra, porque soy una máquina, y á las máquinas únicamente les toca obedecer al impulsor que las mueve y las impele. Pero si yo me perteneciese á mí mismo como los ciudadanos de Roma, y si á pesar de ser tu liberto, allá en el interior mío tuviese alguna libertad, no pasaría lo que pasará por tu mandato ahora, y no daría yo una prueba de resignación y de conformidad como la que ahora tu exiges de mí. La cadena forma parte de nuestros mismos huesos, y creo inútil cuanto hagamos para desasirla y separarla del cuerpo. Mandas, y tu liberto sirve. Pero cree que, al ver la cima del Vesubio, donde blandió su espada Espartaco, dan ganas á tu liberto de arrancarte por la fuerza y por el sacrificio á tu tirano.

— Calla. No digas tales cosas. Ahora solamente se trata de salvar la vida. Corre, y dile con la mayor serenidad, y como si quisieras verdaderamente tranquilizarlo, que no ha sucedido cosa ninguna, y añádele, como prevenido y rogado por mí, que no venga ni mande á nadie, pues necesito conciliar el sueño.

— Serás, como lo deseas, obedecida.

— Y se partió el infeliz liberto desde Baules á Bayas.

— ¡Oh destino adverso! — pensó Agripina en cuanto estuvo sola.

— El astrólogo tenía razón. Sus profecías oraculares hanse cumplido por completo. El hijo devora á su madre. Mientras yo viviese no podía él ejercer la plenitud absoluta del imperio, ni casarse á su

guisa sin olvido y mengua del derecho de Octavia. He sacrificado innumerables víctimas en aras de su fortuna, y me sacrifica él á mí en este momento. He prescindido de toda justicia, y la injusticia me mata. Paréceme ver á Claudio mirándome con aquellos ojos de buey pacífico que tenía y exigiéndome la razón de haberle quitado la vida, que amaba tanto, por darle al infame la diadema que ahora es argolla de mi garganta y causa de mi muerte. Las almas expeditas por mí al orco vienen como en tropel alrededor de mis sienes, que rozan á una con sus alas frías de buhos siniestros. ¡Cómo se ríen de mi suplicio! ¡Cuál expresión en sus ojos huecos! ¡Cuál sonrisa en sus bocas desdentadas y vacías! ¡Qué pasos dan esas sombras cuajadas en fríos esqueletos! No me atormentéis. Bien pronto habré de pasar á vuestra legión y caer al averno en vuestra compañía, cediendo al conjuro de recuerdos semejantes á los que ahora os han evocado y traído á mi presencia con permiso de los dioses. ¡Qué huracan de cenizas levantará mi cuerpo en su terrible cremación! ¡Qué sombra extenderá mi memoria en los ojos de Nerón! Lo parí, lo lacté, tuve cuidado solícito de su niñez; lo salvé á las mil asechanzas del hado enemigo; lo conduje hasta las alturas donde hoy se halla, sola, yo sola, sin más impulso que mi amor de madre, sin más objeto que su felicidad; y hoy, ¡oh dioses nefastos!, me aniquila. Y cuando yo debí gozar del ascendiente que me daba mi hermosura sobre los hombres, holgarme con las prendas recibidas del cielo, amar en orgías continuas, ser una musa de placeres y fiestas, dediquéme como cualquier matemático á cálculos, como cualquier general á campañas, como cualquier estadista y político á empresas de varón, luchando con pueblo y Senado, todo por él, para que me lo pague ahora él con la horrible muerte que me aguarda, y á la cual, ¡oh indignidad!, tengo miedo. Yo te cuidé, y tú contra mí te conjuraste; yo te dirigí hacia el trono, y tú al abismo ¡ay! me impeles; yo te amé, y tú me odias; yo quise que hallaras en tu madre desde el imperio hasta el amor, y tú, infame, te has desasido de una madre tan buena, para el requerimiento y logro de cualquier satisfacción; yo te generé, y tú me hieres; yo te parí con dolor, y tú me matas sin escrúpulo: ¡maldito seas! Mas tengo miedo. Horroroso escalofrío recorre todo mi cuerpo. Apenas puedo respirar. La noche sube á mis ojos. ¡Cuál supersticiosa! No he tem-

blado ante nadie, y tiemblo ante aquella criatura que yo misma he criado y que nació siempre dócil instrumento de mi voluntad sometido á mi deseo. No me conozco á mí misma. Olvido quién soy. No acierto á explicar lo que pasa por mí. ¡Ah! No cree uno el desengaño ni aun después de haberlo gustado y haberle sabido tan acerbamente. ¿Si todo esto serán alucinaciones mías? ¿Engañaráme, por ventura, el pensamiento? ¿Seré víctima de alguna fiebre? Tengo frío, miedo, aprensión, rubor. ¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis esclavas! Pronto, venid muy pronto.

— ¿Qué quieres, Agripina? — dijeron entrando todos en tropel.

— Que me curéis este hombro — dijo Agripina.

Y con efecto, la curaron cuidadosamente sus esclavas.

— Que me deis unas salutíferas unciones.

Y con efecto, le dieron fricciones y la llenaron de aceites olorosos, los cuales devolvían su frescura y su nitidez á la piel.

— Que me hagáis compañía.

Y se asentaron todas en torno suyo.

— Que selléis las estancias de la muerta con el fin de guardar cuantas disposiciones las leyes previenen y ordenan en estos casos.

Y pusieron los sellos.

— Que hablemos ahora del placer de vivir, de respirar, de sentir cómo el fuego de la sangre nuestra es sagrado, cómo sacratísimas las pulsaciones de nuestro corazón, cómo agradables los latidos de las sienes, cómo placentero sumergirse con todo nuestro cuerpo y todo nuestro espíritu en el Océano de todos los efluvios, en el éter universal.

Mientras pasaba todo esto por Agripina, paseábase Nerón á grandes pasos y muy de prisa por su cuarto. Un grande sacudimiento nervioso le recorría todo su cuerpo. Diríasele loco por completo. A lo mejor quería huir de allí por huir de sí mismo. Saltábanle de pronto á la vista los obstáculos opuestos á su felicidad por Agripina y entonces aprobaba todo lo que había maquinado. Recordaba luego todo lo que por él había padecido Agripina y le daban grandes tentaciones de llamarla con amor á voces y retenerla para siempre á su lado. Mas, en estos accesos y retrocesos de sus sentimientos, aparecíasele Popea con todas sus seducciones, y como no podía poseerla para siempre, cual deseaba, sino inmolando á su

madre, insistía en la resolución nefasta y daba el cuitado á solas voces de ordenanza imponiendo la muerte. Y en seguida, su fuerza de verdadera evocación, su fiebre que le encendía los ojos, su fantasía de suyo inquieta le pintaban muerta la madre que le diera con la vida el imperio, y volvía de nuevo á exaltarse con sentimientos filiales y lloraba como un huérfano que necesitase del abrigo del amparo de una madre. Pero si luego recordaba la usurpación del imperio, las veces que había obtenido triunfos como un general y apoteosis como un dios, su empeño en consultar al Senado en persona y de recibir en persona también á los embajadores, la guerra implacable dirigida contra la infeliz Acté que le procuró un tiempo felicidades sinnúmero, el protectorado sobre su competidor Británico y la imposición á su tálamo de la diosa Octavia, el imperio con que Popea exigía el sacrificio, retrogradaba en los anteriores afectos y volvía de nuevo á presentarse como tirano y verdugo de su madre, deseando saber que había muerto. Imaginaos cómo esperaría el cuitado á su verdugo y qué impresiones recibiría del relato de éste.

— ¿Ha muerto? — preguntó viendo que Aniceto entraba despa-
vorido.

— No ha muerto — contestó éste sin aliento.

— ¿Qué dices?

— La verdad, toda la verdad. Agripina está en salvo.

— Pues ¿y la máquina tan perfectamente ordenada?

— La máquina marró.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Pues no estaba hecha como las máquinas del circo?

— Pues como las máquinas del circo.

— Y aquéllas, ¿no despedían al agua los cuerpos con la mayor
facilidad?

— Aquéllas sí, ésta no.

— Sus compañeros de viaje, que debían sobrevivir, han muerto,
y ella, que debía morir, ha sobrevivido.

— No me cuentes tal cosa.

— Te lo cuento con esta celeridad, para que ocurras al caso y
prevengas lo necesario.

— ¡Me has perdido!

— Confieso mi torpeza. Pero si te satisface castigar á tu sier-
vo, aquí lo tienes, castígalo sin piedad alguna.

— ¿Qué saco yo con castigarte á ti? Lo que quiero es la des-
aparición de ella.

— Pues manda lo que quieras, y veremos si en el cumplimiento
de este segundo mandato tengo mayor felicidad que al cumplir el
primero.

— ¡Me has perdido, Aniceto, me has perdido! Ahora creará
con razón todo el mundo que he querido matar á mi madre. El
ejército se sublevará, viendo así tratada la hija de sus dos predilec-
tos príncipes, de mis abuelo y abuela, del gran Germánico y de la
noble Agripina.

— No lo creas. Tiberio trató á tu abuelo tan duramente como
le plugo; ¿por qué no trataras á tu madre tan duramente como te
plazca?

— El Senado me tacharía de parricida.

— No hagas caso de patricios añejos que viven por tu miseri-
cordia.

— Y si queda con vida, se insurreccionará Popea, se alentarán
Octavia, se frotarán las manos todos mis enemigos, se multiplica-
rán las conjuraciones republicanas, se amotinará contra mí una
parte del pueblo, y quizá corramos el riesgo de que todo nuestro
ejército nos falte, y perdamos, Aniceto, corona y vida. ¡Instante bien
terrible y siniestro este que había de ser mi salvación y es mi rui-
nal! ¡Nefasta noche que debía darnos el talismán de nuestra salud y
nos apresta el cuchillo de nuestra garganta! ¡Hora menguada para
mí la hora en que todo esto ha sucedido! Me vuelvo loco. Me dan
de suicidio tentaciones. Mis pies quieren llevarme por sí solos al
sitio donde se halla y todos mis instintos me impelen á matarla.
¡Debe morir, debe morir!

— Verdugos no te faltan: da con tu talón en el suelo, y surgirán
á cientos.

— Lo sé muy bien, lo sé de sobra. Yo no tendría empacho ni
escrúpulo en matarla. No le debo nada con haberme dado una vi-
da que á cada instante quiso quitarme; no le debo nada con haber-
me dado un trono que luego ha querido manchar en eterno des-

honor de mi nombre. Pero si la mato yo, no podré volver á Roma. Por fastidiarme y molerme á mí, se pondrán todos en favor de la muerta. Ya me parece oír las hablillas de los círculos. Ya leo el chismorrotear de los periódicos. Un discurso de Thraseas hiere mi oído. Un verso de Lucano siniestramente fosforea en mis ojos. ¿Cómo salir? Si la mato, puedo perder el trono; si no la mato, el trono y la vida. Pues voy á matarla; pero antes quiero autorizarme de ilustres pareceres.

— Ilústrate.

— Aguárdame cerca, y que vengan el primer ministro Séneca y el prefecto de nuestro pretorio.

Apenas había dado esta orden, cuando se presentaron Séneca y el prefecto, los dos abismadísimos en luctuosos pensamientos.

— ¿Sabéis lo sucedido?

— Ya lo sabemos — dijeron á una.

— ¿Qué me aconsejáis?

— Nerón, Séneca no puede aconsejarte la muerte de Agripina.

— ¿Cómo no? Deja de ser hipócrita y habla con franqueza, filósofo. Quien más ha labrado en mi alma contra la madre que me dió Naturaleza, fué, ¡oh Séneca!, tu consejo constante y tu palabra, que ha goteado en mi corazón odio, grande odio, implacable odio contra ella.

— Conozco la imposibilidad completa de que lleguéis á entenderos, y por tanto cómo la rigurosa consecuencia de un estado así deberá indefectiblemente hallarse por necesidad en un castigo á la emperatriz y en una separación inevitable de tu lado. Pero no todo ha de fiarse á la muerte. Aún te será dado castigarla sin contraer la responsabilidad terrible de su muerte. Cualquiera isla desierta, de las muchas que tienes en los mares itálicos, te servirá de prisión para la infeliz Agripina y te dará medios de castigarla sin los riesgos que correrías con su muerte.

— No me hables así, porque imposible puedas sentir aquello mismo que dices. Agripina es tan grande que no quepo yo solo en el imperio mientras ella esté viva en el mundo. Hay que matarla sin remisión y sin piedad.

— Yo, Nerón, jamás desconocí el derecho que tienes tú, como todos los césares, á matar, por mera razón de Estado, á quien te

plazca, y aun he dicho en alguna de mis obras que tu oficio ennoblece á quien toca, siquier lo injurie, hiera y acabe. Pero has de considerar lo que Agripina fuera en mi existencia, para comprender cómo me resisto á participar de la sentencia que quieres fulminar sobre tu frente, ni con mi consejo.

— Pues tú sabes lo que Popea en mi vida es, y cómo el amor que ha logrado inspirarme, impone á mi voluntad el holocausto que ahora le ofrezco, la muerte de mi madre, y la muerte violenta, y la muerte inmediata. No puedo contaros los reproches que á cada instante me dice y los cargos con que abrumba la hermosa mis espaldas. A todas horas me pregunta si no corresponde la sangre suya patricia con la sangre mía cesárea; si le falta dignidad en su ascendencia ó hermosura en su cuerpo; si no la creo capaz de embellecerme con su amor la vida y de asegurarme sucesión al trono con su fecundidad; y tras esto me pide que la devuelva pronto á su antiguo marido, en cuyo requerimiento y busca recorrerá tierra y mar, ya que Agripina la vigila y cela para matarla, porque me advierte mi amada los odios del pueblo y los votos del Senado contra una mujer que no sólo comete la usurpación de mi derecho sentándose, como solo y único poder, en el trono, sino que quiere usurparle por medio de un incesto á ella mi corazón, metiéndose cual una manceba vil en el lecho de su hijo horrorizado.

— ¡Nerón! — dijeron á una en grito de horror el prefecto y Séneca, oyendo la espantosa imputación á la infame Agripina por la infame Popea, que acababa de repetir y de recalcar el infame Nerón.

— Pues qué, ¿habría yo de matarla sin motivo? No hay más remedio, y necesito conste, y que quien se oponga, ó con algún falso consejo, ó con alguna obra de mala ley, á mi designio, lo consideraré de lesa majestad reo y le impondré con rigor el castigo correspondiente á su crimen.

El prefecto y Séneca temblaron ante tal amenaza, y desistieron, viendo la cesárea resolución, aun de las ligeras observaciones que habían opuesto á sus horribles propósitos.

— Puesto que crees por los dioses inspirada y sugerida esta resolución de castigar á tu madre — dijo Séneca, — sírvete del instrumento más cortante y más digno de tu familia que cerca tienes,

la guardia pretoriana. Envía con su jefe del pretorio á varios soldados para que cumplan tu formidable y justa sentencia.

— No pienses en tal cosa, no pienses, Nerón. Los pretorianos jamás podrán prestarse á ser ejecutores de una sentencia como esa y verdugos de la hija del gran general Germánico, á quien prestaron siempre religioso culto, como si fuera un dios de la guerra, servido, cual por una esclava, por la victoria. La imagen de Agripina, tu abuela, madre de tu madre, no se borrará nunca de la memoria del ejército, porque á las virtudes propias de su sexo reunía virtudes militares de primer orden. Aún parece que la veo, armada de todas las armas y á caballo, como una Minerva, reflejando en su casco de oro el sol de las batallas. Mientras vivió Germánico, fué con él un verdadero cogeneral Agripina. Muerto, llevó envuelta en los lutos de la viudez, especie de luctosa estatua, las cenizas del glorioso difunto en vaso murrino desde los campamentos germánicos, donde fundó Colonia en la orillas del Rhin, hasta Roma, donde contra los infames que la hicieron viuda empleó en el Foro un valor tan extraordinario como aquel que usara en el campo y al frente de sus ejércitos. Mártir luego de su grandeza, murió en la isla Panditaria de hambre, por mandato de Tiberio. Si Agripina no ha heredado las virtudes múltiples de su madre, ha heredado el valor, la inteligencia, el genio, el don de gobierno, el don de mando. Así los pretorianos le guardarán religioso culto aun después de muerta. Tendrás cuantas razones quieras, Nerón, para dictar la sentencia que dices contra tu madre; pero busca el verdugo en otra parte.

Cuando llegaba el diálogo á este punto, anunciaron á Nerón la llegada de Angerino, diputado por su madre, á darle cuenta de como podía estar tranquilo por ella, pues habíase preservado del naufragio. Un violento ataque de nervios agitaba con agitación terrible al cuitado emperador. No sabía qué hacer ante una embajada como aquella. Sus manos se crispaban, erizábansele los cabellos. Temores de que fuera el embajador un asesino, también le poseían. Pero no recelaba tanto de esto como de la mordedura de su propia conciencia y de la turbación de su propia persona, viéndose como un reo ante aquel testigo de su madre. Así, no quiso dejar de recibirle, y no queriendo tampoco escucharle, ideó lo

más terrible que podía idear: ideó que lo mataran los esbirros del palacio á sus imperiales pies. Decidido esto con la prontitud que ponía en todos sus crímenes el perverso, siguióse una escena rápida como el pensamiento y triste como la muerte. Así que Angerino apareció por la puerta del aposento, tiró Nerón del arma que al cinto llevaba siempre, y arrojándola con acierto á los pies del emisario, gritó: «¡Socorro!» y en cuanto se presentaron sus guardias, señaló con un gesto el recién venido á la muerte, y allí lo mató un grupo de soldados en un minuto, sin dejarle al infeliz el menor cuitado y tendiéndolo sobre aquel regio pavimento como pudieran tender en el circo á una fiera. Por su parte Aniceto, el desdichado autor de la maniobra naval, presidió aquel asalto de la cobardía de muchos sobre uno solo, y cumplió aquella sentencia en que prescindía de todas las leyes divinas y humanas quien tuviera, según creían los romanos, poder del Cielo y del Estado para defenderlas y para personificarlas. En cuanto se acabó esto, palpitando aún el cadáver y estremeciéndose, repercutido en el aire un postrer estertor y disuelto un postrimer hálito, humeante la sangre sólida de un cuerpo joven, que de ella estaba repleto y henchido, Nerón se volvió, como la feroz alimaña sobreexcitada por la carnicería que tendieran sus garras y dientes en torno suyo, diciendo:

— Corre, Aniceto, con esos hombres, que acaban de salvarme, pues Angerino venía del palacio de mi madre á matarme, y concluye con la fiera, bajo cuya sombra no son posibles á Nerón el trono y el amor. Sírveme, y los futuros anales dirán qué liberto fiel ha salvado de su mayor enemigo al romano imperio.

Mientras Aniceto se dirigía camino de Baules, desde Bayas, con sus sicarios silenciosos, que llevaban ya la espada desnuda, como apercebidos así al crimen, Agripina, después de haberse por completo curado y puéstose al cuerpo cuantos menjurjes pudieran suavizarlo, y bebido los antídotos con que creía conjurar todo envenenamiento, como si quisiera y pudiera vivir mucho, trató, no de conciliar el sueño, de divertir sus tristes interiores presagios hacia la esperanza, reuniendo cuantos servidores y confidentes pudiera y hablándoles en largos múltiples coloquios con el fin de á sí misma engañarse y tener un asidero para la inextinguible ilusión, como

si temiera quedarse sola con sus fundadas cavilaciones y sus certísimos presentimientos. El hado fatal, perseguidor de su familia, la perseguía en estos instantes supremos. No habían subido los Julios al trono, sino dejándose muchos mártires en las gradas, acaso víctimas de la heredada grandeza. Cuando recordaba que ni los vicios ni las virtudes preservaban á sus afines de muertes violentas, un escalofrío terrible le subía desde las uñas del pie hasta los pelos de la cabeza. Julia, su abuela, hija de Augusto, esposa de Agripa, gloria y delicia de Roma, sacrificada en terrible y lenta proscripción, que se cohonestaba con los escándalos de sus placeres y amores; mas Agripina, la primer Agripina, como se le llamaba entre los romanos, ésta madre de la segunda, ni por casta, ni por caritativa, ni por buena, ni por sabia, se había salvado, y modelo de hijas, modelo de mujeres, modelo de madres había muerto en la isla Panditaria de hambre como una miserable, sin que la preservasen de Tiberio, ni la virtud propia, ni la majestad heredada, ni la gloria indecible. Viniendo á todo esto el augurio siniestro de aquel agorero que, á poco de nacer Nerón, leyó en los astros el desastre de su muerte, Agripina se dominaba con imperio bajo todos estos terribles recuerdos, y se ponía, si no risueña, en actitud tranquila y de aspecto sereno, como si nada temiese del hijo infame que había empujado hacia el abismo de la muerte á su madre. Sin embargo, dos observaciones que iba la infeliz haciendo, mal de su grado y contra su propia deliberada intención de dominarse, traíanla en este momento á maltraer y le daban sudores en los cuales traslucíanse sus opresiones: primera, que las voces de aplauso y los gritos lanzados desde la puerta y cercanías de su quinta iban poco á poco disminuyendo, conforme se iban las gentes enterando del misterio que circula su naufragio y del disfavor que acusaba; segunda, que tardaba mucho el emisario, y al tardar decía bien á las claras cómo por lo menos estaba preso y no le consentían que volviese por no tener el fidelísimo y leal ninguna buena noticia que comunicar á su ama y señora. Con efecto, un esclavo que la familia y servidumbre de la emperatriz apostó en el camino á fin de que adelantase noticias del pobre liberto enviado á su hijo, volvió jadeante por atajos unas veces y otras á campo traviesa, para decirles que por el camino imperial no se

descubría al embajador; pero, en cambio, marchaba seguido de algunos soldados el famoso Aniceto, andando á más andar, con las cabezas descubiertas y las espadas desnudas. No se atrevieron ni los aclamadores de las puertas, ni los siervos y familiares en el cubículo de Agripina reunidos, á noticiarle cuanto pasaba, por miedo de contraer alguna tremenda responsabilidad; pero poco á poco los inciertos asomos dejados á la esperanza por aquella triste realidad ambiente, se fueron desplomando; y al desplome las voces de aclamación se apagaban; y los contertulios, hasta entonces reunidos alrededor de la emperatriz, se iban. Frotábase los ojos para ver si algo atisbaba; pero en vano: la soledad se iba extendiendo como un desierto que avanzara con precaución á tragársela, y apenas se oía voz ninguna, ni se columbraba ninguna persona, conforme se acercaba el verdugo Aniceto, y con el verdugo Aniceto las nefastas sombras de una muerte próxima con aleteo siniestro sobre la frente de Agripina. Sin embargo, el valor y el coraje centuplicábanse de suyo en aquella mujer, mientras más cobardes y más tímidos aparecían cuantos la rodeaban. Mas el instinto de conservación se sobrepone á todos los instintos, y al pensar los familiares de Agripina que los dos compañeros de navegación suyos habían muerto y que su embajador no había tornado, huían á la descuidada y á hurtadillas, no en tropel y con ruido, hurtando el cuerpo á cualquier espada que pudiese atravesar á los siervos antes de acercarse á la señora. Tenía ésta una de las más fieles entre sus esclavas asida de la mano; pero, en un descuido, marchóse también y la dejó enteramente sola. Uno de los resultados peores traídos consigo por el terror está en los envilecimientos que impone y en el miedo que siembra. Viéndose todos naufragos, como en los naufragios cada cual únicamente se cura de sí mismo, en el terror gritan todos: «¡Sálvese quien pueda!» Y á este grito, la soledad terrible de Agripina. Parecía que la naturaleza callaba para oír todo cuanto en aquella escena trágica debía decirse. Una débil y triste lamparilla iluminaba la estancia, donde sólo se veía el imperial tálamo, en que Agripina se tendiera desde su cura y sus untos, no echada del todo, sino á medio incorporar, el brazo sobre los almohadones de cabecera, la frente sobre la mano, los ojos muy abiertos y la respiración del pecho entrecortada por algún suspiro; mas valerosa y fortísima.

—Enteramente sola— iba diciendo para sí Agripina. — Este silencio es el peor de los augurios; esta soledad se parece á la tristísima en que los cadáveres caen, cuando los ha consumido la pira ó los ha envuelto la tierra. Llamo, y nadie me responde. Escucho por si resuenan los pasos de mi emisario, y nada oigo. ¿Será posible? Yo te engendré, y tú me matas. Yo te infundí la sangre que te alimenta como una buena madre, y tú me arrancas la mía para bebértela como un ave carnicera y nocturna. Yo te procuré un trono, y tú me despides del mundo. ¿Por qué no te oí, astrólogo inspirado, al anunciarme lo mismo que ahora me sucede? ¿Cómo no cogí por un pie al nefasto infante y no estrellé su cuerpo contra el pavimento de mi palacio antes de confiarlo á la cuna, oyendo que ya maullaba como un tigre? ¡Oh amor de mi nombre!, ¡oh culto á mis abuelos! Por eternizar la raza de los Julios crié y nutrí el cachorro que debía clavar sus garras en el corazón de la más próspera entre las madres. Como á los Atridas pásale á los Julios, que no se gallardean allá en las cimas del mundo, sino á costa de inmolar á muchos de sus príncipes, porque aquí en los tronos se pierde muy pronto el pie y se cae y se precipita uno de muy alto. Las pirámides egipcias no son más que sepulcros, y el trono de Roma nada más que patíbulo. Pero yo te lo procuré, Nerón, y tú me arrastras al suplicio. No, no hagas tal, hijo mío. Las Furias coronadas de serpientes nunca se cansarán de perseguirte, dándote voces en la conciencia y mordeduras en el corazón, como las Euménides á Orestes. ¿Será posible? Hasta las ondas en que me sumergiste parecían lágrimas, y tú no llorabas. Palidecían hasta las estrellas, y por tus ojos no pasó una sombra, ni por tu conciencia un remordimiento. Está visto; se ha cerrado tu corazón. Tal vez una plegaria podrá traerme á estas horas el favor de los dioses y salvarme. Pero ni el cielo quiere nada conmigo, el cielo que se cura con cuidado hasta de los míseros é invisibles insectillos. Hemos querido casi destronarlos y nos vuelven la espalda. Yo hubiera destronado á Júpiter del Olimpo ¡ay! para entronizar á Nerón. ¿Qué mucho, si al quejarme y dolerme á él, me responde: «Nerón te salve?» Los dioses de lo alto no bajarán á consolarme; los dioses del abismo no subirán á recogerme. Después de haber tenido por mía toda la tierra, no tendré ahora en la tierra ni el rincón

de un sepulcro. Hemos tratado hasta de huir á su culto y derogar sus leyes, poniendo en sus altares á nuestras gentes y en lugar de sus códigos eternos los nuestros arbitrarios. Se vengan y hacen bien. Todos los dioses y todos los hombres tienen razón á una para perseguirme y castigarme, todos, menos el hombre á quien yo he querido sobre todos los seres y el dios á quien yo he puesto sobre los altares, menos Nerón. ¡Ah! Ven, muerte, ven pronto. La mujer que ha engendrado un hijo así, no debe ni respirar el aire, ni ver la luz de lo alto. Si naciera en una cabaña, las manos benditas del hijo mío cerraríanme los párpados al caer sobre ellos la pesadumbre del último sueño; pero como he nacido en los palacios, me mata mi propio hijo. ¿Cómo resplandeces, Apolo, en esta noche serena, conduciendo invisiblemente las pléyades que resplandecían por Oriente y se reflejaban, collar ó racimo de astros, en el azul perlado de las aguas! ¿Cómo trascendía el aroma de las vides saturadas de polen y agradecidas al rocío, cual si acabaran de pasar por ellas Baco y las bacantes cantando sus sensuales evohés al placer y embriaguez de la vida! ¿Cómo sus fieles habían hecho de Minerva un simulacro semejante al de Atenas, y las luminarias de sus devotos competían con las estrellas de los cielos! Y ninguna de tantas divinidades me acogió. Y aquellas manos que debían bendecirme, lanzáronme al abismo. Aquellos brazos que debían en andas llevarme, sirvieron para herirme tan sólo. Aquellos labios perfumados por mi pecho, me denostaron y me maldijeron. Aquel cuerpo, que yo había llevado en mis entrañas, no tuvo entrañas para su madre. Y el primero de los hombres hase trocado en el último de los parricidas. Hame traído á esta tierra tan hermosa como si por un refinamiento de crueldad quisiese hacerme sentir toda la felicidad y toda la hermosura y todo el placer y toda la voluptuosidad de vivir al darme la muerte. No hay más dios que la fatalidad, no lo hay. Anantse, tú reinas en el cielo, en la tierra, en todo lugar. ¡Oh barco!, ¿por qué no te abriste? ¡Oh mar!, ¿por qué no me tragaste? Ya no hay esperanza. Mi liberto no vuelve. Siento pasos siniestros. Podrán concluir conmigo; pero no podrán amedrentarme. La muerte mía será el castigo suyo. ¿Quién va?

— Soy Aniceto — dijo el infame liberto, entrando en su estan-

cia, seguido de dos ayudantes, que le acompañaban en la perpetración de aquel crimen á que llamaban los césares justicia.

Sus cabelleras encrespadas, sus brazos nervudos como los de un carnicero, sus fuertes cuellos como de bueyes, sus aviesos ojos, sus carnudas bocas, sus surcadas frentes, la respiración de fragua que se oía en sus pulmones, las espadas que centelleaban en sus manos, decían el oficio suyo y el fin adonde iban. No se arredró Agripina. Ni en el timbre de su voz se le conoció, no ya miedo, ni perturbación siquiera. Una especie de conformidad con el destino que acababa de invocar y una especie de visión que le decía cuán justo era su castigo, la mantuvieron en su firmeza. Fué por la ciencia digna nieta de Augusto, padre de su madre, Julia; por el valor, digna nieta de Agripa, el gran general, padre también de su madre; por la serenidad y entereza, digna hija de Agripina y de Germánico, sus padres; por el vicio y la sensualidad, digna hermana de Calígula; por los crímenes, digna madre de Nerón.

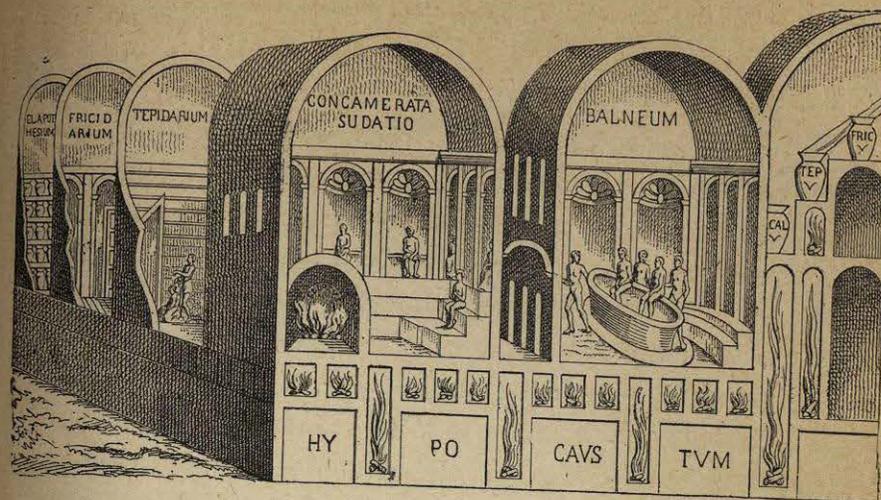
—Vienen á matarme. No podía inventar el averno un castigo mayor para el César que la muerte de su madre. Morirá él en desastre mayor aún que el desastre mío y por el horrible crimen de esta noche.

—Agripina—dijeron á una los tres verdugos: el almirante, como decimos ahora en los idiomas vulgares, Aniceto; el tetrarca, y el centurión de la flota del Miseno, que le acompañaban.

—Si venís á verme y á preguntar por mi salud, que tanto debe interesarle á quien os envía, decidle que me salvé por milagro del naufragio y que me siento bien, del todo repuesta. Si venís á perpetrar un crimen, creeré que lo perpetráis de vuestro grado y por vuestra voluntad, y no por mandato y orden del hijo mío, á quien jamás hubiera podido, jamás, jamás, imaginársele pasar ante los hombres y ante los dioses por un parricida.

Los verdugos callaron, y por toda respuesta el centurión asestó á la emperatriz un golpe en la cabeza. Y como tras aquel golpe viese blandir las espadas buscando, tiró las sábanas que la cubrían, rasgó la camisa en que estaba envuelta, y enseñando todo su cuerpo desnudo, exclamó, golpeándose con ambas manos:

—¡Herid aquí, herid el vientre que ha parido ese monstruo! Y murió acribillada de innumerables heridas.



CAPITULO XV

REMORDIMIENTOS

Abandonada de todo el mundo, herida en el simulado naufragio que acababa de atravesar, puesta en trances horribles para que ó se muriese ó se matase, todavía inspiraba la varonil Agripina terrible miedo al verdugo engendrado por sus entrañas y erigido en omnipotente y sacro emperador por una voluntad y una inteligencia como la excepcional voluntad é inteligencia suyas. Así, no hacía Nerón sino pasearse de un lado á otro, mientras duró el viaje de Aniceto desde su propio palacio á Baules, retorciéndose los brazos de furor, y dando, cual un demente furioso, alaridos terribles, como si de la tierra se levantasen y del aire descendiesen genios malos y perseguidores á herirlo y atormentarlo. Pero no había tal cosa, no se perturbaba la tranquilidad etérea del cielo, ni la celestial tranquilidad del mar; todo sonreía en aquel amanecer, no obstante la enormidad horrible del crimen perpetrado; lo que había era una surrección interior de remordimientos, dibujados en extrañas y aun extravagantes formas, que creía él ver con los ojos del cuerpo fuera de sí, cuando los veía con los ojos del alma dentro de la propia conciencia. Nervioso, exaltado, susceptible; con todo género de supersticiones en el cerebro, con una tempestad perpetua de senti-